



El discipulado según Jesús

+ Santiago Silva Retamales

1)- «Vayan y hagan discípulos...»

La finalidad de la Iglesia es la evangelización. Es decir, la Iglesia existe para dar cumplimiento al mandato del Señor: «Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos» (Mt 28,19). Las acciones pastorales y la pastoral orgánica, camino y estilo de la evangelización, tienen una sola meta: llevar a todos y a cada uno al encuentro vital con Jesucristo vivo.

La tarea que Jesús encomienda a los suyos es, por tanto, educar en la misma escuela que el Maestro fundó y empeñó su vida: una pedagogía pastoral que realmente suscite, anime y acompañe el seguimiento del Señor. Los trabajos pastorales se realizan, por tanto, para hacer posible el seguimiento del Señor y la santidad de vida, signo diáfano de un seguimiento radical.

2)- La elección e identidad del discípulo

El discípulo se hace por iniciativa del Señor. Él es quien elige al discípulo, lo separa o consagra para sí. Lo separa, según san Juan, del mundo, por lo que -como Jesús- ya no pertenece al mundo (Jn 17,16). El discipulado es un estilo de vida del todo marcado por el encuentro con Jesús que “hace discípulos” al hacer partícipe de su misterio pascual: inserta a los suyos en la vida trinitaria y los arrebatada del dominio de Satanás y del pecado, obra que sella por el Espíritu (Ef 1,13), garantía de salvación (2 Cor 1,22).

El encuentro con Jesucristo vivo es el único camino para “hacer discípulos”. Este encuentro tiene mediaciones indispensables: la Palabra, la Eucaristía y los sacramentos, la comunidad, los pobres, la historia y los acontecimientos de la vida.

Las palabras inspirada de Jesús y acerca de Jesús nos llegan por los escritos del Nuevo Testamento. Estas palabras nos dan a conocer el proyecto divino de hacer «un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap 21,1) y nos señalan cómo vivir en comunión con Dios y con los hermanos. Los sacramentos y la participación en la Eucaristía alimentan nuestra identidad y misión de discípulos; el encuentro sacramental con el Cordero de Dios en la Eucaristía hace de nuestras intenciones, palabras y obras una ofrenda viva al Padre para construir un mundo redimido de opresiones (Rm 12,1-2). La comunidad eclesial es uno de los lugares privilegiados de encuentro con el Señor, sobre todo cuando se reúne a celebrar la fe y discierne los caminos del Maestro para

edificar su Reino (Lc 12,54-57). La mirada de fe a los hermanos, sobre todo a los más pobres y sufridos, nos hace presente a Jesús sufriente, Siervo de Yahveh, y desde ellos «nos habla, nos interpela, nos evangeliza» y nos impele a edificar su reinado en justicia y paz (OOPP nacionales 2001-2005, nº 94). El Espíritu Santo nos ayuda a leer la historia y los acontecimientos de la vida como lugares de manifestación de Dios mediante los cuales actúa paternalmente, redimiendo y purificando, animando y consolando, y también reprendiendo y castigando (Ap, 3,19; 1 Cor 11,32).

3)- La opción del discípulo

No podemos vivir con radicalidad el seguimiento de Jesús si no somos capaces de optar por Jesucristo en el interior de la comunidad cristiana.

Muchas veces vivimos “un cristianismo de tradición”, casi “por inercia”, y somos “lo que otros han hecho de nosotros”: mis papás (abuelos, colegio...) me bautizaron, me llevaron a la primera comunión y quizás influyeron (a veces, a pesar mío) para que me confirmara y “me casara por la Iglesia”. Esta intervención de la familia, del colegio, del sacerdote... se vuelve opción personal cuando se descubre por la fe que por esas intervenciones Jesús me llamaba a seguirlo, y que la respuesta que me pide son aquellas disposiciones que hacen que sea él quien me haga discípulo. Estas disposiciones, dones del Señor, son las propias de un seguidor atento y fiel: escuchar y practicar la palabra de Jesús, celebrar la Eucaristía como sacramento de comunión y principio de misión, vivir la fe en comunidad, contemplar a Jesús en los pobres y descubrir la presencia de Dios en la historia y en los acontecimientos de la vida, gestionar todo para que todo sea apto para el señorío de Jesús, «principio y fin» de la historia (Ap 21,6).

Cuando se asume que es Jesús quien -a través de mediaciones- me hace discípulo se vive su seguimiento como diálogo con quien me ha amado primero. Se vive, por tanto, como proceso de conversión y tiempo de rupturas. Se trata de la conversión personal y eclesial, la que cambia la conciencia de la persona y el corazón de la Iglesia, abriéndolas a la comunión, a la solidaridad y a la pastoral misionera. No hay conversión sin rupturas, y algunas son imprescindibles y dolorosas como, por ejemplo, la ruptura con la familia que vivían la mayoría de los discípulos del siglo I dC. y algunos discípulos de hoy. Jesús invita a integrarse a la nueva familia de Dios, la Iglesia (Mc 3,31-35), que tiene por Cabeza a Jesucristo, por miembros a hermanos en la fe y por ley de vida el amor.

El discipulado no termina en la elección gratuita por parte de Jesús y en la respuesta personal del elegido (la opción como toma de conciencia), puesto que ambas miran a la misión y ésta, a su vez, requiere de formación. Elección, opción, formación y misión son los pilares en los que se sustenta el seguimiento de Jesús.

4)- La formación del discípulo

La formación, más que cursos donde se “aprende” acerca de Jesús, es un proceso de educación permanente cuya finalidad es configurar una conciencia realmente evangelizada.

Esta formación continua es obra de integración de todo aquello que el pecado disgregó: a)- en la vida personal: integración de instintos, voluntad, inteligencia y afectos a un “yo individual” del todo permeado por la gracia divina al punto de decir como Pablo: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20); b)- en la vida divina: integración del ser en la vida trinitaria y en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, para participar de la vitalidad de la Cabeza (Palabra y Sacramentos); c)- en la vida comunitaria: sentido de pertenencia a la comunidad de Jesús, regida por pastores por él escogidos, y testimonio de su proyecto de nueva humanidad (el Reino), y d)- en la vida espiritual y de servicio: integración y vivencia de los carismas -que el Espíritu regala a la Iglesia-, gracias a los cuales el Señor responde a la necesidades de conducción de la Iglesia, a la evangelización de hombres y mujeres de hoy y al servicio del mundo.

Por tanto, la formación se entiende como la tarea imprescindible del discípulo cuya vocación original es alcanzar la plenitud de la comunión a la que Jesús, Cabeza del Cuerpo, invita a su Iglesia para vida del mundo.

En razón de los cambios socio-culturales que sufrimos y de los que también somos gestores, hoy más que nunca, se requiere la formación de una conciencia realmente evangelizada. Muchos signos nos permiten concluir que nuestra manera de ser cristianos, es decir, de seguir a Jesús, está en crisis. No es que haya que cambiar el Evangelio y sus exigencias. Ha cambiado radicalmente el mundo en el que tenemos que seguir a Jesús, y estos cambios nos exigen una nueva manera histórica de vivir y anunciar el Evangelio. Esta nueva manera nos está pidiendo, por lo menos, discernimiento, conocimiento y convencimiento.

Si nunca ha sido posible hoy menos es posible ser cristiano sin discernir desde el Evangelio las diversas y complejas realidades que vivimos para descubrir la forma histórica de hacer significativa nuestra fe; una profunda actitud de escucha del entorno y docilidad a las mociones del Espíritu nos harán “co-laboradores” y “co-responsables” de misión de la Iglesia al servicio del hombre y la mujer de este nuevo milenio. El conocimiento cordial del misterio del Hijo del hombre y, a su luz, de nuestro propio misterio, es el camino para dar razón de nuestra esperanza y testimoniar nuestra fe frente a los desafíos de la cultura, la economía, la ciencia y la técnica. Sin embargo, ni el discernimiento ni el conocimiento, por más luminoso que sea el primero y profundo el segundo, podrán convertirnos en discípulos si la experiencia de Jesús no imprime en mi conciencia (discípulo convencido) los mismos sentimientos de Jesús, su estilo de vida, su pasión por todo hombre y marginado sustentada en la pasión por su Padre y su Reino. Esta inclusión de conciencias y

de vidas entre Jesús y el discípulo es la que lo llena de fortaleza para compartir sin miedos el destino del Mesías vilipendiado y perseguido por causa del Reino (discípulo convincente).

5)- La misión del discípulo

El tercer y último pilar del seguimiento de Jesús en la misión. Al llamarnos a constituir su nueva familia, la Iglesia, Jesús no sólo nos hace partícipe de su salvación, sino que también nos asocia a la tarea que recibió de su Padre.

Jesús presenta la misión del "apóstol", es decir, del "enviado" a anunciar el Reino, acudiendo a comparaciones tomadas de oficios de su tiempo. El "apóstol": a)- es "pescador de hombres" para sacar a éstos del dominio del pecado y hacerlos partícipes del Reino de Dios (Mc 1,17); b)- es "jornalero" de una cosecha abundante que, por ser de Dios y fecunda, urge recogerla antes del tiempo final (Mt 9,38), y c)- es "pastor" de un rebaño desorientado y cansado, llamado a ofrecer -por lo mismo- la sabiduría y la vida que es Jesucristo (9,36).

El discípulo de Jesús es apóstol o misionero o no es nada, porque «lo propio del encuentro con Jesucristo vivo es que se transforma en un llamado a la misión» (OOPP nacionales 2001-2005, nº 183). Dicho de otro modo: «Ser cristiano y ser misionero son dos términos que se reclaman mutuamente» (nº 184).

A la luz de lo dicho, nuestra acción pastoral debe plantearse y ser evaluada por su capacidad de llevar al encuentro con Jesús y de acompañar el proceso íntegro de discipulado en la Iglesia, comunidad de los discípulos. Del encuentro con Jesús brota la misión de la Iglesia que, sin ser del mundo, debe proclamar en el mundo y para el mundo a Jesucristo, «rostro humano de Dios y rostro divino del hombre» (Ecc in Am, nº 67).